

de típico y de honesto en los trajes, recuerdo de las castizas señoras españolas; de esas modas cuyo afán de detalles y de delineadas exhibiciones, hacen que un concurso honesto, una visita familiar, un paseo de recreo, y aún el solo tránsito por una calle animada, venga á revestir los caracteres de una verdadera tentación? Ahí tenéis representados tipos de la inmunda progeñe del moderno positivismo.

V

Hemos llegado, amados hijos nuestros, á la postrera y acaso más importante parte de nuestro trabajo pastoral, á la última deducción del *espíritu privado* que, siguiendo el plan propuesto, nos tocaba estudiar y desenvolver, porque la ilación no tiene réplica; este principio de individual independencia, trastornando la fe, promueve la revolución religiosa; sublevando la razón, promueve la revolución en el orden intelectual; manchando las costumbres, promueve la revolución en el orden moral; y perturbando la sociedad, promueve la revolución en el orden social. Esta revolución perturbadora, fruto natural del espíritu privado, es la que denominaremos el *naturalismo político*, y si no os molesta, el *liberalismo*; porque realmente este nombre, sancionado ya por las definiciones de la Iglesia, y cuyo alcance quedó ya aceptado en las serenas discusiones de las escuelas sociológicas, no es para producir enconos, ni para alarmar ni excitar protestas.

Mas la índole paternal, y por tanto pacífica, de nuestro santo ministerio y de nuestros escritos reclama una ligera advertencia; al hablar aquí de lo que en fuerza de nuestra obligación no debemos callar, declaramos que no queremos, ni podemos querer de modo alguno herir susceptibilidad ninguna; antes bien, conforme á lo que piden nuestro sagrado carácter y

los deberes del ministerio episcopal, de que no queremos olvidarnos ni un solo instante, huiémos del flujo de las pasiones políticas que se agitan en nuestros días, á modo de océano movido de tempestad, y que suelen poner en gran riesgo de naufragio el conocimiento de la verdad y la práctica de la vida cristiana; conste que prescindimos de opiniones, formas, poderes y personas políticas; dejando, sin embargo, á quienes les corresponde y obliga, sacar las deducciones de los principios que sentaremos.

Nuestro inmortal y amado Pontífice León XIII, en varios de sus documentos de imperecedera memoria, pero especialmente en las encíclicas *Immortale Dei* y *Libertas*, ha expuesto maravillosamente la noción de la verdadera libertad humana, y de su abuso por parte del hombre; abuso que, relacionado en el orden social, produce un *conjunto de ideas falsas y de hechos criminales*, consecuencia práctica de ellas, y recibe el nombre de liberalismo (Sardá y Salvany, *El Liberalismo es pecado*). En efecto, la libertad, con ser tan bella, tan amable y tan ensalzada por el Catolicismo, todavía, residiendo como reside en un sér tan frágil como es el hombre, está sujeta á graves abusos y extravíos; por eso necesita de una regla que la proteja y defienda; ésta no puede ser la sola razón humana que, aunque luz nobilísima, es sin embargo, finita y defectible; necesita, por consiguiente, del auxilio de la razón divina, que se ha comunicado á los hombres por medio de la Revelación. Solo la Iglesia de Cristo, á quien se ha confiado tan gran tesoro, es la llamada á prestar á la razón y á la libertad, la luz y la defensa que han de ponerla á salvo del error y de las pasiones; siendo únicamente la Iglesia la llamada á emplear los medios morales que el Salvador ha puesto en sus sagradas manos, para librar la libertad, del error y de las pasiones.

Lo mismo que en filosofía (encíclica *Libertas*), dice el sabio Pontífice, pretenden los *naturalistas* ó *racionalistas*, pretenden en la moral y en la política los doctores del *liberalismo*, que no hacen sino aplicar á las costumbres y acciones de la vida los principios sentados por los naturalistas. Ahora bien; así como lo principal de todo el naturalismo es la soberanía de la razón humana, que negando á la divina la obediencia debida, se declara á sí propia fuente y juez de la verdad, así también esos sectarios de que hablamos pretenden que en el ejercicio de la vida, ninguna potestad divina hay á que obedecer, sino que cada uno es ley para sí; de donde nace que apartando la voluntad, bajo pretexto de libertad, de la observancia de los preceptos divinos, suele conceder al hombre una licencia sin límites.

Debiendo reducir un tanto los límites de esta nuestra Carta, nos concretaremos á hacer tres advertencias, en orden á tres principales tendencias de nuestro naturalismo político, que se condensan en tres libertades de perdición, á saber: *libertad de la conciencia*, *libertad del pensamiento*, *libertad de la vida humana y social*.

VI

Y en orden á la primera, llamada ordinariamente *libertad ó tolerancia de cultos*, no entraremos á raciocinar sobre ella, porque es obvio, y á todos se alcanza, que la tal tolerancia dogmática envuelve la negación de todo orden sobrenatural, se opone á los divinos atributos, y no se compadece con los principios fundamentales de la sana filosofía. Si cualquier religión es buena, ¿qué necesidad hay de Cristo, ni de su pasión sacratísima, ni de sus Sacramentos, ni de su Iglesia? Luego, abajo el orden sobrenatural. ¿Dónde está la veracidad de Dios

haciendo diversas y aún contrarias revelaciones? ¿Dónde está su santidad que se complace en la práctica de acciones de moralidad contrarias? ¿Dónde está su justicia, si ha de prestar su sanción á leyes opuestas? Luego, abajo los divinos atributos. Los partidarios, por fin, de esta exagerada libertad de conciencia se verán precisados á sostener *la verdad simultánea de dos cosas contradictorias; y á no dar como imposible, que una cosa sea y no sea al mismo tiempo, bajo el mismo respecto*: y cuando esto hagan, dígnanos lo que se entienda por absurdo metafísico en su singular filosofía.

Mas preferimos indicar, rechazando brevemente los donosos razonamientos con que nos salen al encuentro nuestros modernos libre-cultistas. «El hombre es libre, exclaman, y nadie tiene derecho á forzar su voluntad: el Estado mismo ha de respetar el derecho que tiene el individuo para creer esto, ó aquello, ó para no creer nada.» ¡Es claro! Todo hombre es libre, con libertad *física*, de querer una cosa ú otra, ó no querer ninguna de las dos y elegir otra. Pero en consonancia á la recta noción que más arriba hemos dado sobre la libertad, ella no constituye al hombre *independiente* de toda autoridad en orden á sus creencias religiosas: ni le confiere un pleno derecho á creer ó dejar de creer: á ser católico, protestante ó mahometano: el hombre depende de la autoridad de Dios, á quien debe rendir su entendimiento y voluntad, y de quien es exclusivamente potestativo indicarle (como se lo ha indicado por la Revelación) el medio por el que ha de realizar aquel rendimiento. Y puesto que el Estado ó la potestad civil, según sana doctrina sociológica, está encargado de conducir la sociedad á su verdadero bien y perfección moral, que es el fin para el cual están congregados los hombres en ella; y esto no se puede conseguir

sin el concurso y eficaz auxilio de la religión verdadera, con exclusión de todos los errores contrarios, es evidente la necesidad que moralmente apremia á los Gobiernos, de procurar y mantener al Catolicismo en el goce y posesión de todos sus derechos, como única religión verdadera.

Afirman otros con tono magistral, «que la verdad de la religión debe resolverse por el juicio privado de cada individuo, y que el Estado debe respetar este juicio.» Este argumento es vano y falso: vano, porque el juicio subjetivo de los que abrazan el error en lugar de la verdad, no confiere al primero derecho alguno, ni despoja á la segunda de aquella prerrogativa insigne, por la cual ella, y sólo ella es digna de nuestro asentimiento. Si alguno tiene la ilusión de poseer la verdad estando, sin embargo, poseído del error, ó de que obra bien ejecutando, sin embargo, acciones contrarias al orden moral, semejante ilusión, exclusivamente suya, no le dará derecho ninguno en orden á las creencias ó á las acciones de los demás: y mucho menos obligará al Estado á que le mantenga en la falsa posición de su espíritu, reconociéndole unos derechos que jamás tuvo ni puede tener el error. Este argumento, pues, es completamente falso.

«Dios no ha dejado, dice sabiamente un Eminentísimo Purpurado español (1), en magnífico y reciente documento, al que nos complacemos en aludir en esta parte de nuestra Carta, las verdades de la Religión al criterio individual, como pretenden los partidarios de la libertad y tolerancia de cultos, á la manera que entregó el mundo á las disputas de los hombres; sino que, sin forzar nuestra inteligencia y nuestra voluntad, por lo mismo que el acto de nuestra fe

(1) El Emmo. Sr. Cardenal Casañas, Obispo de Urgel: *Carta Pastoral sobre la Unidad de la Iglesia.*

ha de ser libre y meritorio, ha revestido de tales caracteres el hecho sobrenatural de la divina Revelación, y ha rodeado la Iglesia de tales divinos resplandores, que á nadie puede ocultarse la credibilidad de la fe y la divina institución de la Iglesia católica. Ciertamente que los misterios no son en sí mismos evidentes, ni prestamos nuestro asentimiento á las verdades reveladas por la intrínseca evidencia inmediata ó mediata de las mismas; con todo, son estas para el hombre de fe evidentemente creíbles.»

Por fin, oigamos á los que, ufandados por las que ellos creen ser razones de alta política, exclaman: «España, como nación católica, ha de guardar con los Estados y sectas disidentes las consideraciones que ella reclama para sí, y por las que exigen la debida correspondencia:» además, «no debemos ser una nota disonante en el concierto universal del mundo civilizado.» Los que así exclaman deberán tener presente que no hay términos hábiles de comparación entre la Iglesia Católica y las sectas protestantes: entre el Estado Católico y el acatólico: no son iguales los derechos, ni han de ser recíprocas las atenciones, según se desprende de la sana doctrina que venimos asentando.

El que está seguro de poseer la verdad, no sufre con paciencia que se enseñe la doctrina errónea contraria: la Iglesia, pues, es consecuente con su doctrina, proclamando la intolerancia con los errores sectarios. Por opuesto camino: las sectas, apoyadas también en su propia doctrina, que constituye como regla de fe el espíritu privado, han de conceder forzosamente á sus adversarios, un criterio enteramente libre en esta materia: y ¡ojalá que la historia no nos suministrara hechos contrarios á esa supuesta lenidad y condescendencia lógica de los Estados protestantes con los católicos! Lo de *disonancia* en el concierto de las naciones, no merece seriamente los ho-

nores de la refutación, á no ser que valga decir, que por encontrarse un hombre de bien rodeado de amigos corrompidos haya también de extrañar sus caminos, si no ha de aparecer como nota disonante en el concierto de los pervertidos. ¡Oh amados hijos nuestros! Nuestra verdadera *disonancia* actual es la disonancia con nuestra historia; la disonancia en que hoy resulta España, gracias á las crecientes corrupciones del liberalismo, con sus nobilísimas tradiciones y con su católico abolengo.

VII

¡La libertad del pensamiento! ¡La autonomía en sus manifestaciones! He aquí otra de las más funestas conquistas de nuestro político naturalismo: fijemos un instante la mirada de nuestra razón imparcial sobre este ídolo seductor, hacia el que convergen todas las miradas, todas las adoraciones de los espíritus fascinados por tan fatal sistema.

A la verdad, el derecho que el liberalismo atribuye á todos de manifestar y publicar toda clase de doctrinas, así de palabra como por escrito, en la cátedra lo mismo que en la prensa, supondría, en el caso de ser cierto, que el hombre es incapaz de errar cuando habla, ó al menos que la sociedad y los individuos poseen un criterio tan seguro y tan delicado, que no les permite en ningún caso prestar su asentimiento al error que se les propine; suposiciones ambas igualmente gratuitas y falsas. La verdad es precisamente lo contrario: luego se necesita una autoridad que dirija y modere esa razón falible y ese criterio inseguro. Cuando en la sociedad reina de una parte la omnimoda libertad de hablar y de escribir, y por otra se carece ó se prescinde de una autoridad infalible que regule esos juicios y esas manifestaciones, poco á poco irá perdiéndose la verdad,

y tras lamentables equivocaciones se caerá al fin en los inevitables abismos de la mentira.

Son muchas las causas y motivos que facilitan las caídas del espíritu humano en el error; y la noción íntima filosófico-teológica de la razón humana, robustecida con las enseñanzas de la historia de los pueblos, dan por resultado el triste convencimiento de los peligros que corren la verdad y la virtud, una vez proclamada la independencia de la razón y la autonomía de la palabra. Con gran sabiduría, pues, dijo en ocasión célebre el inmortal Pío IX (alocución *Nemo vestra*), que «para corromper más fácilmente las costumbres y los corazones, propagar la detestable y corruptora peste del indiferentismo, y acabar con nuestra santísima Religión, se concede á todos la plena facultad de manifestar pública y abiertamente todo linaje de opiniones y pensamientos.»

Amados hijos, sentimos un estrechamiento invencible, cuando contemplamos el estado de nuestra pobre sociedad, á merced de la libertad del pensamiento y de la autonomía de la palabra; libertad que, en el libro obscuro, en la novela infame, en la caricatura impía, en el folletín pornográfico, cada día se hace más y más propagadora de todo vicio y fomento de todo pecado; y cuando se representa á nuestra imaginación tan pavoroso cuadro, no podemos menos de exclamar: ¡Ay del pueblo que no se instruye en otro libro que en el periódico, ni modela su alma con otro catecismo que la novela! Y para concluir con este punto, no podemos resistir al deseo de terminarlo repitiendo dos párrafos de la Pastoral que, con idéntica ocasión á la presente, os dirigimos en el año anterior.

Las muchedumbres, en efecto—os decíamos y os repetimos—han perdido el temor de Dios, y viven embrutecidas ó desesperadas, y mueren como si fueran ajenas á la excelencia

de criaturas racionales. ¿Quién de vosotros no ha presenciado el cuadro de esos matrimonios brutales, de esos hijos, oprobio de sus padres, de esa vida infeliz y llena de escándalos á que se sigue ordinariamente una muerte tristísima y pavorosa? ¿Quién no se ha encontrado en el lecho de muerte con tantos y tantos infelices, que si aún conservaban un resto de existencia, no tenían la menor idea de sus deberes, de su responsabilidad, de la misericordia infinita de Jesucristo, y de la muerte que les aguardaba, cuando momentos después se convirtiese para ellos en Juez terrible, cuyos fallos son definitivos? Pues lo hemos examinado de cerca: la inmensa mayoría de esas víctimas son víctimas de publicaciones libres de todo freno, ley, censura y moral, que les confirmaron en sus dudas contra la fe, les hablaron otro lenguaje distinto del que aprendieron en el Catecismo, y les fueron acostumbrando uno y otro día, y á veces con sólo la lectura de noticias hábilmente redactadas, á considerar como cosas usuales y corrientes la mala fe en los contratos, el ansia de riquezas bien ó mal adquiridas, la repetición de los suicidios por falta de dinero, ó por no poder satisfacer pasiones insensatas; los refinamientos del lujo y de la molición; la pérdida del decoro cristiano, el crimen del duelo como cosa no sólo natural, sino propia de caballeros, el desprecio de toda ley divina y humana, como si el hombre fuera un animal perfeccionado que hubiera venido á este mundo á pasarlo lo mejor posible sin preocuparse por nada.

Dejad á un lado las muchedumbres, y observad lo que ocurre con las clases medias y elevadas: les consume un desordenado afán de placeres y dinero; supeditan todas las cosas al logro de sus propósitos, sin importárseles nada de los intereses de Jesucristo, y tienen por gentes atrasadas ó poseídas de locura á las que luchan y su-

fren y trabajan por algo sobrenatural, por las grandes ideas de Dios, de Jesucristo, del alma y de la eternidad, que á ellos se les imaginan cosas de otros tiempos que debían estar enterradas. ¿Sabéis, queridos hermanos y amados hijos, quién es culpable de que esto, que antes era enfermedad de unos cuantos, se haya convertido en epidemia desoladora? Ahondad un poco y lo descubriréis; detrás de ese positivismo materialista, ó de esa elegancia y sibaritismo propios de las naciones que caminan, por justo castigo de Dios, á su ruina, está el libro, la novela, el drama que ensalzan el engaño, el divorcio, el adulterio, la mala fe, y se burlan de la piedad y de toda virtud. Las generaciones se forman con la prensa, y una prensa envenenada por la duda ó la inmoralidad, es la madre de la generación presente.

VIII

Una palabra más, amados hijos nuestros, y terminamos: el espíritu privado, una vez encarnado en el orden político, produce un tercer y fatal desenvolvimiento, la autonomía del hombre social, ó si queréis su nombre conocido: *la secularización*.

Dicho se está que con la independencia de la razón individual no es compatible otra soberanía que la del hombre: hay que desechar toda otra, y por supuesto la divina: mas he aquí el conflicto, porque no siendo posible ni conforme á esta doctrina que ningún hombre se someta á otro en concepto de tal, para obviar esta dificultad, hay que buscar un centro de fuerza, de dirección, de vida social, que no pase de la esfera del hombre mismo, y el sistema político-naturalista ha venido á crear una cierta entidad ficticia, á la cual da el pomposo nombre de *Estado*. Ahora bien; como en la constitución del Estado, así constituido, no entra el concepto de Dios, ni el derecho ó autoridad procedente

del mismo Dios, resulta forzosamente un elemento de universal secularización; porque el Estado, consecuente á la idea de su constitución, solamente respeta las otras instituciones que él crea, digámoslo así, á su imagen; y oprime, como es natural, á los que, fundándose y desarrollándose bajo la autoridad de Dios, reputa como contrarias á su poder, y á las que, por consiguiente, declara la guerra.

Y ahí tenéis al Estado entrando á saco en los pacíficos recintos de la sociedad y de la familia, sobre los que la Iglesia venía tendiendo su secular y benéfica protección: y, semejante al Angel exterminador del afligido Egipto, arrasando esas primogenitoras y salvadoras intervenciones, que competían y competen por derecho propio á la Religión en la más sublime vida de los pueblos. Ahí está esa secularización invasora de todos los órdenes y de todas las instituciones: ¡ahí está!, la vemos, y el corazón se aterra y exhala ayes más lastimeros que los que resonaron en aquella triste noche por todo el ámbito desolado de la ciudad de los Faraones; ahí está, arrogándose en la educación y en la enseñanza exclusivismos que lesionan los derechos del padre, las dulces influencias de la madre y el indiscutible magisterio de la Iglesia; intentando en el matrimonio una selección imposible, porque es contraria á la índole, y atentatoria á la naturaleza del mismo; una selección indigna, porque rebaja el nivel de ese acto solemne y sacratísimo, base y apoyo de la familia cristiana: despojando, en fin, al católico, aún después de su muerte, de los amparos de su Madre la Iglesia, con esos sepelios puramente civiles que, privando á las almas de los sufragios y favores de la comunión de los Santos, profanan á la vez sus cuerpos, apenas enfriados por la muerte, y que en vida fueron *sobrenaturalizados* por las

salvadoras aguas y místicas uncciones de los Sacramentos.

¡Oh, amados hijos nuestros! Cuando transidos de pena contemplamos estas cosas, ocurre á nuestra mente un significativo pasaje bíblico (*Exodo, II*), con cuyo recuerdo y paráfrasis vamos, por fin, á terminar esta Carta: es el conocido pasaje del nacimiento y salvación de Moisés. En él figuran como principales personajes: Faraón, intentando debilitar y destruir toda la virilidad del pueblo escogido del Señor: el infante Moisés, sobrenadando en las aguas del Nilo, de ese río, hijo de ocultos y disputados manantiales, y que corre entre riberas pobladas de peligrosos cocodrilos; la princesa hija de Faraón, y la afortunada madre de Moisés, que salvan y sostienen la vida de este infante de singulares destinos. ¿Quién nos lo impide? Usando de la libertad perfectamente exegética del sentido moral y acomodaticio, podemos ver en Faraón al Estado, fruto de nuestro naturalismo político, que sosteniendo los revolucionarios principios de la secularización, é intentando debilitar y destruir con ella la espiritual virilidad del pueblo católico, exclama y decreta como aquel rey impío: *Quidquid masculini sexus natum fuerit, in flumen projicite*: arrojad al río todo lo que nazca de sexo masculino: todo elemento de virilidad y poder. En Moisés y en el Nilo podemos contemplar al cristiano que, aunque envuelto como aquél por madre cuidada en las defensas protectoras de la doctrina y de la moral, corre los azares de que ellas peligran, y con ellas la vida de su alma, en las corrientes y oleadas de esas aguas secularizadas; aguas que, como las del Nilo, ni brotan de fuentes conocidas, esto es, de autoridad legítima y auténtica, y además rodean al espíritu que en ellas se ve envuelto, de las astutas fieras del error y de la corrupción. En la hija de Faraón, por último, y en la

madre de Moisés, ¿quién no reconoce la autorizada y simpática intervención de la Iglesia católica y de su sacrosanto ministerio? ¡Oh! Ella, la *Hija del Príncipe*, al ver al cristiano que pelagra en las aguas de la revolución impía, con sus salvadoras iniciativas lo libra de sus inundaciones, y, entregándolo á sus ministros, procura los desarrollos y mantenimientos de su vida espiritual, exclamando de continuo como la Princesa egipcia: *Accipe puerum istum, et nutri eum mihi, ego dabo tibi mercedem tuam.* «Toma este infante y nútrelo, nútrelo para mí: yo te daré tu recompensa.»

Ahí tenéis, amados hijos, sintetizadas en esas dos exclamaciones, las encontradas tendencias del liberalismo y de la Iglesia, en orden á las instituciones de la vida social: ¡caiga al río! dice el uno: ¡vaya con su madre! dice la otra. Al río de la secularización vaya el infante; vaya á veces hasta sin Bautismo, ó cometiendo la sacrilega insensatez (sí, que se ha cometido, en tiempo no remoto y en lugar no distante) de un bautizo puramente civil; vaya á una *escuela laica*, esto es, *atea*; porque, no hay que forjarse ilusiones, el adjetivo *laica*, que en buena gramática debe ser común á toda escuela en que ni el profesor ni los alumnos son *clérigos*, en la gramática de la secularización es sinónimo de *atea*: creedlo, hijos míos; la palabra *laica* no es más que la marca de fábrica; y si queréis una frase usual, aunque no castiza, la *etiqueta* con que trata de cubrirse la mercancía adulterada de las escuelas sin Dios.

¡Al río de la secularización vaya el joven! Vaya á la *universidad libre*; que en orden á corrupción de ideas y ateísmo, es á la escuela *laica* lo que en el orden pedagógico es la escuela *superior* á la escuela *elemental*. ¡Al río de la secularización vayan los esposos! Vayan al matrimonio civil: á

unirse con vínculos que no bendice Dios, que no ligan las almas, que no sancionan la anhelada perpetuidad del amor; con vínculos que no dignifican á la mujer, que no convierten al tálamo en un lugar sagrado, que no aseguran la educación del hijo, que no valen, en fin, á sostener las bases fundamentales de la familia cristiana. ¡Al río de la secularización vaya el hombre hasta el último instante de su vida, y más allá! Sí, porque el *solidarismo*, cuyo satánico estatuto es apartar al sacerdote del lecho del moribundo y del ataúd que después conduce su cadáver, es íntimamente afín del liberalismo. Sí: á ese río amargo que quita al moribundo la esperanza de otra vida; de otra vida de felicidades no completadas en ésta; de lauros y recompensas debidas á la pobreza, al dolor, al trabajo, á la mortificación: á ese río que inunda en el día de la muerte con amarguras ateas la casa no cristiana, porque la negación de la espiritualidad y de la inmortalidad del alma ha roto las armonías con que la fe cristiana enlaza al que murió, con los que quedan viviendo: á ese río que conduce al cadáver (¡qué horror! ¡qué escándalo!) sin la bandera de la Cruz, que lo sepulta sin la bendición de la Iglesia, que cubre su fosa sin la oración del sacerdote. Sí, hijos míos, ¡á ese río! y en las trastornadas corrientes de ese río va envolviendo de día en día nuestra vida y nuestra muerte el espíritu de secularización del liberalismo contemporáneo: *Quidquid masculini sexus natum fuerit, in flumen projicite.*

Pero aunque temamos, no desesperemos; aunque veamos nuestra vida social, cual se vió en el Nilo la misteriosa cestilla, flotando y en peligro de ser arrastrada por la corriente sectaria de la secularización, queda todavía una mano poderosa que la detiene, que la liberta y que la nutre; es la mano de la Iglesia, de esa Reina

esplendorosa que ilustra nuestra fe, de esa cariñosa Madre que purifica y sana nuestros amores. Ella, irguiéndose á las orillas de ese río, cual la princesa de los Faraones en las márgenes del Nilo, ostenta su poder, la protectora autoridad que recibió de su Divino Fundador, y ante las voces aterradoras de la revolución, que clama: *In flumen projicite!* ¡al río de la secularización!, ella, con dulce palabra, habla á sus ministros, y entregándoles lo que del cielo había recibido, les dice como la Princesa egipcia á Jocabed: *Accipe puerum istum et nutri eum mihi*: recibid ese mundo, que yo recibí de mi Cristo, y El á su vez había recibido de su Padre: intervenid en su vida y en las instituciones que le han de llevar á la consecución de su fin: ilustrad su fe, ordenad sus costumbres, armonizad sus relaciones.

Amados hijos, no hay que dudarle: ante las pretensiones sectarias, la Iglesia envía á sus ministros, ostentando con el más legítimo título, los derechos de su intervención en la vida social: *accipe puerum et nutri eum mihi*. Nutrid, les dice, las inteligencias con vuestras enseñanzas, mi Magisterio es irreplicable; es el llamado á guardar y enseñar perpetuamente las verdades tocantes á la salvación; es el mismo Magisterio del Supremo Maestro: «Como el Padre me envió, dijo Jesucristo á sus discípulos (*Math.*, xxviii, 19 y 20), así yo os envío: id, pues, y enseñad: enseñad á todos, grandes y pequeños, sabios é ignorantes, á todos; enseñad á todas las gentes.» *Nutri eum mihi*: Nutrid los corazones con el amor recto: sois los llamados á ordenar á los hombres lo que han de observar con arreglo á los mandatos del Señor. *Nutri eum mihi*: Nutrid los espíritus con las inspiraciones de la verdadera honestidad y de la virtud sincera: nutridlo, en la juventud con la obediencia, en la virilidad con la pureza, y siem-

pre y en todo tiempo con la piedad. *Nutri eum mihi*: Nutrid la familia: nutridla constituyéndola con bendiciones de gracia: ¡oh! la unión de seres elevados á un orden sobrenatural, no ha de ser la unión misma de los irracionales, ni aún siquiera la que resulta de contratos civiles y puramente humanos: nutrid la familia, dignificando el amor de los esposos, y robusteciendo con elementos divinos la autoridad de los padres y la sumisión de los hijos. *Nutri eum mihi*: Nutrid la sociedad, desenvolviendo en ella los gérmenes saludables de una política, de una economía, de un régimen según Dios. *Nutri eum mihi*: Nutrid, por fin, al hombre en las fronteras de la eternidad: nutridlo, al morir, con los Sacramentos: nutridlo aún después de muerto con los sufragios, corrientes imanas de sublime atracción y misterioso amor que, partiendo del corazón de un Dios crucificado, ponen en contacto inefable las tres Iglesias redimidas con su sangre divina. *Nutri eum mihi, et dabo tibi mercedem.*

No más, amados hijos nuestros. Armémonos nosotros para esta lucha de los dos espíritus, cuyo campo de batalla, ya lo habéis visto, es amplísimo, y en todos los órdenes: observad para ello las indicaciones que os haremos, á continuación de esta Carta, sobre lo que de nosotros exige el santo tiempo de Cuaresma, que se aproxima: dispongámonos al combate: que el *Protestantismo* no trastorne con sus desarmonías y divisiones nuestro orden religioso: que el *Racionalismo* no perturbe con sus nebulosas insurrecciones, la región serena de nuestras creencias: que el *Positivismo* no pervierta y vilipendie el puro y regulado concierto de nuestras costumbres: que el *Liberalismo*, en fin, no extravíe con sus desastrosas adquisiciones la paz y felicidad de nuestros pueblos.

¡Oh! Que esta paz y felicidad, que